

racionalmente cree en una causa primera, radical increada de la inteligencia, del amor y de la conciencia, que se desenvuelve en progresión perfeccionadora, creando individualidades persistentes, que en culminante jerarquía llegan á ser condensadores de energía intelectual y afectiva, la cual irradia en ondas infinitas envolviendo el absoluto total y sirviendo de providencia á sus hermanos inferiores en el desarrollo de su humanización; quien de tal manera tiene constituida su creencia, pregunto, es el ateo, ó bien el que cree en un *fantasma sobrenatural*, extraño al Universo y con atributos divinos, caprichosos y antojadizos.....?

CONCLUSION.

LA INTOLERANCIA QUE SIRVE AL PROGRESO, ES BENEFICIOSA.

Sed arrogante é impetuoso para con los lobos, pues de lo contrario os devorarán.
Caed de hinojos, derramando llanto generoso y tierno, para besar con labio trémulo la orla del manto que lleva la virtud.
(De mis "*Pensamientos Filosóficos*," inéditos).

Cosa singular es en verdad, contemplar cómo aquellos que más intolerantes se muestran para con las proposiciones de la Filosofía moderna, son los que aconsejan á toda hora la tolerancia.

Podría decirse que su principio es el siguiente:

"Déjame ser intolerante para con las proposiciones modernas que amenazan destruir mis tradicionales creencias, y en cambio, tú sé tolerantísimo para conmigo, respetando profundamente mis dogmas y mis supersticiones."

Tristísimo porvenir se le esperaría al progreso de la humanidad, si, ya en el orden social, ya en el político, ya en el filosófico, ya en el científico, no se tuviera á la

intolerancia como poderosa palanca para remover, desentrañar y destruir el error.

El progreso reclama enérgicamente este elemento como indispensable para extirpar añejos errores. La intolerancia, en su polo noble, es progresista por excelencia, es decir, cuando sirve á la causa del perfeccionamiento humano. Mas la intolerancia ofrece otro polo opuesto, bastardo y vil: es aquel en el cual presta sus servicios á las malas pasiones, al fanatismo, á la superstición y la ignorancia, que quieren el perezoso y enervante *statu quo*.

La intolerancia en esta faz sí es digna de amarguísima censura: ella es la que impulsó á perpetrar en la Edad Media las matanzas de herejes por mayor, y la que más tarde impulsó á las hienas del *Santo Oficio* á la realización de hechos cuyo relato angustia y contrista al espíritu moderno. Esta intolerancia, es la intolerancia que engendra el odio y la venganza, es el impulso de torpe animalidad anatematizando y condenando su propio bien; bien que el espíritu primitivo en su ignorancia supina no lo puede reconocer como tal, y por eso, en su ceguedad lo califica de mal.

La intolerancia que sirve al progreso, la que tiende á extirpar los errores, la que con noble y titánico impulso sacude y conmueve á las masas sociales para despertarlas de su perezoso letargo, es la intolerancia benéfica, es el elemento indispensable sin el cual el hombre aún estaría, en cuanto á religión, ofreciendo en holocausto las entrañas de su hermano; en cuanto á sociología, habitando el gineceo, cual garañón en la manada; y, en cuanto á política, lamiendo la planta de un

tirano cruel y bárbaro, de un Cambises, de un Nerón ó de un Atila.

La intolerancia engendrada por torpe animalidad y que llega á producir la horrible hecatombe, ¿qué deja en último término como fruto de su acción?

La satisfacción odiosa de cruel y bárbara venganza.

La intolerancia que ejerce el espíritu de progreso, y que también puede llegar hasta la sangrienta hecatombe, ¿qué frutos deja como resultado de su acción?

Deja extirpados añejos errores, deja rotas las cadenas del esclavo y enciende la antorcha de la verdad, cuyos vívidos resplandores alumbran la antes pavorosa y angustiada conciencia.

La acción de la intolerancia engendrada por los secretarios del oscurantismo, es la acción del arma que con fin siniestro empuña el asesino.

La acción de la intolerancia engendrada por el espíritu de progreso, es la acción del instrumento quirúrgico que corta las carnes podridas, el miembro gangrenado.

He aquí dos polos opuestos que la intolerancia nos ofrece, y cuyas radicales diferencias no se han reconocido, motivo por el cual encarecen la tolerancia aun aquellos mismos que, animándoles ya el espíritu de progreso, sienten la necesidad ingente de ejercer la intolerancia para extinguir el error, y de hecho la ejercen, pues los elementos del progreso se producen espontáneamente.

El mismo Jesús, aquel maestro sublime de amor, se vió en la necesidad de ser intolerante, y así es como lo

vemos en el Evangelio condenando las imperfecciones humanas de su época, diciendo:

"¡ Oh generación infiel y perversa! ¿hasta cuándo tengo de estar con vosotros?"

"¡ Ay de vosotros, escribas y Fariseos, hipócritas!"

"¡ Serpientes, generación de víboras!"

"Sepulcros blanqueados que por dentro están llenos de podredumbre."

"Lo que está dentro de vosotros está lleno de rapiña y de maldad."

Vese, pues, que no es posible dejar de ser intolerante para con los errores y las imperfecciones humanas, y que sería nocivo al progreso ejercer una tolerancia que eternizaría los errores.

Ahora bien; una cosa es no tolerar los errores y otra cosa muy distinta es el anatematizarlos y condenarlos con espíritu de odio. Las imperfecciones humanas, en cualquier matiz que ellas se ofrezcan, son disculpables: esto lo he demostrado hasta la evidencia en el capítulo V de mi Sistema Perfeccionista. Hoy que estudiamos la ley de reencarnación y de rigurosa solidaridad, no solo entre los seres humanos, sino que también entre todos los seres subalternos al hombre, el espíritu de benevolencia, de piedad y de amor, se asocia al espíritu de intolerancia: éste condena al error en cuanto á que ama el bien, ama lo bello, ama lo perfecto, lo armónico, lo grandioso, lo sublime; por tanto, el espíritu de progreso, al condenar el error, no se divorcia del sentimiento compasivo y tierno que justifica la imperfección del espíritu primitivo, relevándolo de toda responsabilidad al reconocer que el patrimonio de todo es-

píritu cuando germina á la vida humana, es el patrimonio que dan: la ignorancia, la falta de sensibilidad moral y la inconsciencia.

Quien se ha penetrado del desenvolvimiento natural de los elementos universales, reconoce que todos los hombres, sin excepción de ningún género, han sido solidarios en los más crasos y monstruosos absurdos: Sócrates, Platón, Aristóteles, Jesús, y *el Padre Celestial* de Jesús, fueron también, en remotísimos tiempos, salvajes feroces, que saliendo de la animalidad, comenzaron á desarrollar los gérmenes increados de su intelecto y de su sensibilidad, y al desarrollarlos, lo hicieron cometiendo monstruosos errores.

En conclusión, quien reconoce que todos los espíritus son y han sido solidarios en las monstruosas imperfecciones que engendra la ignorancia y la falta de sensibilidad generosa, amante y tierna, no puede condenar con odio los errores, *sin condenarse á sí mismo*; pero sí puede, guiado por su sed ardentísima de progreso, extirpar esos errores. Y aunque para ello se tenga que emplear el reactivo fuerte de la sátira y del lenguaje enérgico y tempestuoso, todo quedará justificado, si al través de los medios, se advierte la nobleza del fin que se persigue.

El sátiro burlón, y el orgulloso, pedante y vano *sabio de estampilla*, se reirían de quien intentara extirpar los errores empleando solamente el lenguaje dulce y benévolo que es entendido y apreciado únicamente por los espíritus elevados en amor y en sabiduría; pero, como desgraciadamente, éstos son muy pocos y aquellos muchos, fuerza es escribir para los más y no para los me-

nos, para los que adolecen de los males que engendra el error y no para los que ya están salvos de ellos.

He aquí por qué en las cartas que se han leído se encuentra con frecuencia la acción del hierro candente que intenta: no el martirio inútil de odiosa y nefanda *Inquisición*, y sí la cauterización saludable de las perniciosas úlceras del *deísmo mítico* y del insensato y grosero materialismo.

Cuando combato á metafísicos y á materialistas, combato en ellos el error que encarnan, y justifico sus prejuicios que son hijos naturales del momento presente de su desarrollo. Sé bien que el más recalcitrante fanático y el más ciego y soberbio materialista, en virtud de las leyes de reencarnación y de perfectibilidad, tarde ó temprano llegarán á ser espíritus soberanos, núcleos de amor y de sabiduría, astros radiantes cuya luz propia y refulgente irradiará con vibraciones poderosas, hasta envolver el infinito.

Felices quienes en el terreno de la experimentación espírita, reconozcan ya cómo este hecho de la luz propia que irradia el espíritu elevado, no es una metáfora y sí una realidad positiva; pues, quien tal verdad conoce, comprenderá la posibilidad práctica de que, el espíritu perfecto, en virtud de las leyes de la luz, propague sus radiaciones en vibraciones infinitas, envolviendo el absoluto total.

Esa luz que el espíritu en su elevación conquista, es la representación objetiva de su amor y de su sabiduría; así, pues, donde está un rayo de esa luz, está también la inteligencia que la emite, que explora la región que invade y que comunica al núcleo la conciencia del

medio ubicuado por ella. Cuando el núcleo de esa luz sea un espíritu de *primera magnitud*, sus fulguraciones, irradiando en el infinito, le llevarán el conocimiento del absoluto total.

Plegue á la razón y al sentimiento que la tribu terrenal encamine sus tendencias y sus aspiraciones á conquistar su puesto algún día entre los espíritus esplendorosos de *primera magnitud*.

FIN DE LA OBRA.